

# Jorge Casas Castañeda: prototipo del médico que necesitamos<sup>1</sup>

## *Jorge Casas Castañeda: prototype of the physician we need*

Félix Terrones Silva<sup>2</sup>



Angustiados, urgidos, fuimos al Hospital Loayza apenas aterrizamos. A Briner, mi sobrino de 17 años, le habían diagnosticado, el día anterior, abdomen agudo. Jorge ya nos esperaba en su servicio y, luego de realizar una prolija historia clínica, le diagnosticó síndrome de Budd Chiari. Desgraciadamente, en los siguientes días, se confirmó su diagnóstico. Este acontecimiento me remontó a otra experiencia vivida con él, de cuando éramos internos en el Hospital Cayetano Heredia, y nuestro «Chino» tuvo que atender a un adolescente agudamente enfermo: febril, cianótico, que, con el avanzar de la tarde, dejó de moverse y de hablar. Según datos aportados por los familiares, el joven había tenido tétanos a los nueve años, el cual se había

reactivado desde hace cuatro semanas y agravado con la aparición de fiebre hacía dos días. Jorge, luego de una exhaustiva anamnesis y de un cuidadoso examen físico, le diagnosticó miastenia gravis, en el momento en crisis miasténica, desencadenada por una infección respiratoria aguda. A los pocos segundos de aplicarle tratamiento, con prostigmina endovenosa, el paciente «resucitó», cual Lázaro bíblico, reincorporándose y mejorando todas sus constantes vitales; tres días después, fue dado de alta.

Así era Jorge Alberto Casas Castañeda, excelente médico, quien, desde muy temprano de su carrera profesional, hacía diagnósticos médicos precisos y tratamientos eficientes; incluso en los casos clínicos más complejos con una maestría galénica digna de reconocimiento y emulación.

Jorge nació un 13 de septiembre de 1949, en la ciudad de Puno. Su padre Jacinto, quien pertenecía a la Policía Nacional, estaba destacado en esa ciudad y la señora Julia Aurora dio a luz a su tercer hijo en dicho lugar.

© El autor. Artículo de acceso abierto,  
distribuido bajo los términos de la Licencia  
Creative Commons Atribución 4.0 Internacional.



DOI: <https://doi.org/10.20453/ah.v67i1.5565>

<sup>1</sup> Agradecimientos: A su esposa Fresia de Casas, su hija Irene, a sus hermanas Julia y Jeanette Casas Castañeda. Y a Rómulo Reaño y Fernando Veliz, ambos miembros de la Promoción 1974 de Medicina de la UPCH y del CUBA, por el apoyo brindado en la elaboración de esta semblanza.

<sup>2</sup> Médico pediatra. Promoción Homero Silva-Por un Sistema Único de Salud. Miembro del CUBA.

Allí Jorge tuvo una infancia muy feliz, siendo un niño muy inquieto, afable, con gran afinidad por la lectura de temas históricos y científicos. Termina sus estudios primarios con honores ocupando el primer lugar en aprovechamiento. En 1960, su familia se establece en Lima y Jorge continúa sus estudios secundarios en el histórico Colegio Nuestra Señora de Guadalupe.

Posiblemente su gran interés sobre temas científicos orientó su vocación a estudiar la carrera de Medicina Humana, en las facultades de San Fernando y de la Universidad Peruana Cayetano Heredia (UPCH). En esta última realizó sus estudios universitarios, optando el título de médico y cirujano en el año 1974 y luego los de especialización en Medicina Interna, en 1979.

Jorge era muy responsable. Su *alma mater* había enmarcado su formación en la excelencia profesional y en el compromiso social como inherentes al quehacer médico y él los asumió a plenitud. Siendo



Siendo un alumno perteneciente al quinto superior de su promoción, en una universidad acusada de elitista y de preparar médicos para la exportación, **decidió quedarse en el Perú**, pese a que aprobó con puntaje alto el examen Foreign Medical, y por el cual obtuvo un cupo para hacer su residentado en EE. UU.



un alumno perteneciente al quinto superior de su promoción, en una universidad acusada de elitista y de preparar médicos para la exportación, decidió quedarse en el Perú, pese a que aprobó con puntaje alto el examen Foreign Medical, y por el cual obtuvo un cupo para hacer su residentado en EE. UU. Mas aún, ya recibido como médico internista, escogió trabajar en una región olvidada del Perú: las provincias altas del Cusco. Allí desempeñó una importante labor asistencial y cimentó su compromiso político adquirido desde los primeros años universitarios. El tifus, la carencia económica y, sobre todo, su responsabilidad familiar no le permiten seguir en esta zona y lo llevaron a ejercer la profesión en Talara y luego recalar en Lima, la gran capital.

Pese a su gran dedicación médica, nunca descuidó a su familia, en particular a sus hijos, centro de su atención, a quienes les inculcó el gusto por la lectura, las artes, y los convirtió en personas responsables que valoran el esfuerzo, la satisfacción del trabajo y el compromiso social.

Jorge tenía el don de la empatía, virtud esencial del ser médico. Le fascinaba servir a sus semejantes, compartir lo que tenía con ellos. La medicina le permitió servir a muchos. Promovió y enseñó la importancia de la relación horizontal entre el médico y el paciente. Nos dijo: «por encima de los nada despreciables avances tecnológicos y sin discutir su indudable valor, el mejor instrumento para hacer medicina de calidad es la silla, pues simboliza darnos el tiempo necesario para sentarnos a dialogar y conocer los síntomas de la dolencia y al doliente mismo», práctica que «siempre obtiene resultados muy satisfactorios». Hacía suya la aseveración de William Osler, quien manifestaba que «el buen médico trata la enfermedad; el gran médico trata al paciente que tiene la enfermedad».

Jorge enfatizaba que «para la práctica médica es imprescindible defender a toda costa su esencia, sus raíces, que se pierden cuando dejamos de escuchar al paciente, menospreciamos la historia clínica, cuando dejamos de ser compasivos. Los grandes avances tecnológicos de diagnóstico han ido relegando a los síntomas, la historia clínica, la habilidad, el razonamiento clínico, que deben ser plenamente

revalorados y aplicados en nuestra práctica cotidiana». Su pasión por compartir la canalizó principalmente a través de la docencia. Era muy feliz cuando entregaba todos sus conocimientos y experiencias personales a sus educandos, a quienes, a su vez, consideraba como sus maestros. La UPCH tuvo el acierto de incorporarlo dentro de sus filas docentes, donde Jorge desarrolló a plenitud su calidad profesional.

En 1986, opta el grado de magíster; y en 1992, el de doctor en Medicina. Además, se desempeñó como profesor principal del Departamento de Clínica Médica de la Facultad de Medicina. Fue miembro del Concejo de Facultad y del Concejo Universitario, y director de Pregrado de la Facultad de Medicina. Recibió diez

Grants del Concytec para proyectos de investigación clínica. En 2020, recibió el grado de profesor emérito de la UPCH. En el área asistencial fue médico libre en el Hospital Dos de Mayo, jefe del Departamento de Medicina Interna del Hospital Arzobispo Loayza, y en la práctica privada trabajó en la Clínica Santa María de Talara, en el Maison de Santé y en la Clínica Internacional, en Lima, siendo director médico en la última de las nombradas.

La amistad fue otra manera como Herr Casas —apodo en alusión a su conocimiento del idioma alemán, aprendido en forma autodidacta durante sus viajes en combis— supo compartir. Era muy amigüero. Cultivó amistad con sus compañeros del Colegio Guadalupe, con quienes organizó memorables «sábados de patas». Asimismo, en su estadía en la universidad, perteneció al grupo de la promoción denominado CUBA, nombre que respondía a las afinidades políticas y bohémias de la agrupación.

Casas perteneció a la promoción 1974, «Homero Silva - Por un Sistema Único de Salud», la cual celebra sus bodas de oro este año. Esta promoción se enorgullece de contar en sus filas con profesionales de gran valía, quienes han tenido desempeños muy exitosos en las diferentes áreas donde han laborado, ya sea en el Perú como en el exterior, pero reconocen en Jorge Casas a uno de sus miembros más sobresalientes por su brillante trayectoria médica, asistencial y docente y su gran calidad humana. Siempre será recordado como un verdadero hermano.

Cuando el 22 de septiembre de 1961 se fundó la UPCH, nadie imaginó la prontitud con que se convertiría en la mejor universidad del país, y, más aún, que se mantendría en ese lugar de privilegio

desde entonces. Estoy seguro de que la principal motivación de este logro singular es el llamado «espíritu herediano» que nos inculcaron nuestros fundadores desde el inicio. Jorge Casas resalta que «los maestros fundadores nos confirman con la exitosa gesta herediana que, en las instituciones, lo verdaderamente prioritario es la calidad del recurso humano y la tremenda relevancia que adquiere este talento aunado al compromiso. La mejor gestión de recursos humanos que realizó Cayetano para consolidar su indiscutible posición de vanguardia fue contar con un núcleo profesional de suficiente presencia no solo en prestigio y compromiso, sino también en número». Jorge se refiere a su legado personal y promocional diciendo: «Desde mi perspectiva, el legado más significativo que nuestra generación ha podido dejar es una variable que, si bien es poco tangible, tiene la mayor trascendencia, y esta es el impacto que tuvimos sobre las generaciones que nos siguen. Quiero confiar en que nuestra generación honró el legado recibido de nuestros fundadores y, en esta década, ha podido pasar la antorcha herediana a la siguiente generación al tocar y campear para siempre y para mejor la vida de las talentosas promociones con las que hemos compartido espacios académicos».

Si asumimos que poseer el espíritu herediano significa tener talento comprometido con la excelencia, en cualquier área de nuestra realización personal, Jorge Alberto Casas Castañeda personificó con certeza ese espíritu que lo convierte en el prototipo del médico que necesitamos seguir formando en la universidad, en beneficio de la salud de nuestra población.

Jorge nos dejó el 28 de noviembre del año pasado. Su amistad y su legado estarán siempre con nosotros.